

Un amo en él, no un amigo,
Con desden recordará.
Pronto al ver que mar y tierra
Franco camino la dan,
Del rico harem el recinto
Como cárcel odiará.

Los bulliciosos placeres
De Europa y su sociedad,
Pronto el vacío que esconde
Su corazón llenarán.

Tal vez á su fé renuncie,
Pues gran tentación será
El interés de su dueño
Y el ansia de libertad.

En vano tiendes los ojos
Por el espumoso mar:
¿Cuál esperanza te queda?
Zulima no volverá.

En vano por las estancias
De tu palacio oriental,
La llamas con voz amante,
Ya no te puede escuchar.

En vano sus veinte esclavas
Velando en su cuarto están,
Como si al fin le pudiera
Ella otra vez habitar.

En vano en tus tristes sueños
Continuo viéndola estás,
Que al abrazarla te se huye
Su vana sombra fugaz.

En vano ideas contarle
Al noble español tu afán,
Decirle cuánto la quieres,
Pues si él te llega á escuchar,
Cual tú de tu hermosa esclava
Ya enamorado estará,
Y antes perdiera la vida
Que volvértela á enviar.

Y aunque por ser como tú
Tan generoso y leal,
Devolvértela quisiera,
No lo llegará á lograr.

Ella es ya libre en España,
La ley la protegerá,
Y no ha de querer á esclava
Desde señora tornar.

Tal vez al impulso fiero
De este recuerdo fatal,
Hasta la fé en que naciste
Intentas abandonar.

Y triste y meditabundo,
Sin reposo y sin solaz,
Tu tristeza es tu alimento.
Y tu esperanza la mar.

Mas ¡ay! consúmeme aquella,
Y ésta es tan poca y falaz,

Que entre una y otra por último,
Te van á despedazar.

“Vuelve, ¡ay de mí! purísima gacela;
Vuelve, vuelve á tu harém de Alejandría,
A cuyas puertas desolado vela
Quien de tus ojos en la luz vivía.

Sin tí, se agostan mis pintadas flores,
Sin tí, los ecos lastimeros gimen;
No alegran mi jardín los ruiseñores,
Ni brotan mis vistosos surtidores,
Que les falta el placer con que se animen.

No están conmigo ya tus compañeras:
¿Sin tí, qué me valían?
Junto á mí, de fastidio se dormían,
Y las di libertad, y se alejaron
Como garzas ligeras.
¿No las amé jamás, ni ellas me amaron!

Vuelve, Hourí celestial, vuelve conmigo,
Y al corazón me volverá la vida:
Sin tí, no encuentro caridad ni abrigo;
Mi riqueza sin tí yace perdida.
¡Ah! no conocerías si volvieras,
Lo que fué tu mansión, que en pocos años
Se cambian las ciudades mas enteras
Y naufragan las naves mas veleras,
Por los mares extraños.

Misero y triste lloro,
Y en abandono y soledad me veo,
Siempre agitado del fatal deseo
De morir á los pies de quien adoro.
¡Malhadada amistad! dura avenida!
De quién mi amor robándome, me olvidó!”

Llanto amargo vertiendo, así decía
El mercader, y así se lamentaba,
Y su fortuna el infeliz veía,
Que al crecer su dolor, se disipaba.

Tales son de la suerte los azares;
El que en fiestas, y danzas, y cantares,
Pasó un tiempo su plácida existencia,
Hoy presa del afán y los pesares,
Se arrastra ya vecino á la indigencia.
Descuidó su comercio en su amargura,
Su crédito menguó de día en día,
Y sus naves sorbió la mar bravía.
Uno tras otro, sus amigos viles
En su infortunio al fin le abandonaron,
Y sus mismos esclavos le robaron,
Y sus inmensos bienes,
A manos de voraces acreedores
Salieron de sus ricos almacenes.
La carcoma inmortal de su tristeza
Minó su corazón, y la amargura
Trastornó su razón en su cabeza,
Y el árabe infeliz dió en la locura.

Su palacio y su harem pasó á otras manos;
Y el que opulento y poderoso un día
Asombró con su lujo á Alejandría,
Escarnio fué tal vez de los villanos.

En vano el infeliz, días y noches,
De su antigua mansión en los umbrales,
Lamentando pasó como un mendigo
Sus duelos y sus males:
No salió de una reja á los cristales
Su cuita á consolar un solo amigo.

Y flaco, y vacilante, y macilento,
Estaba el mercader como una sombra
Al pié de la pared del aposento
Donde otro tiempo holló morisca alfombra,
Y do imperando resonó su acento

Y así un día pasó tras otro día,
Y año pasó tras año,
Y probó cada día un desengaño,
Hasta que el pobre, de vergüenza uraño,
Huyó de Alejandría.

En una oscura aunque serena noche
Solo y á lento paso,
Se hundió en el mar de requemada arena
Del árido desierto de la Libia,
Donde solo el zarzal vegeta escaso.

Y en su lejana soledad ardiente,
Perdiéndose su sombra poco á poco,
Su memoria olvidó la ingrata gente,
Y á hablar no se volvió del pobre loco.

Cinco años pasado habían:
Don Luis en fortuna próspera,
De su estendido comercio
Los frutos en calma goza.
Vive en Sevilla, y en ella
En rico palacio mora,
Do la mas rica nobleza
Con sus visitas le honra:
Vive en Sevilla, y con él
Aquella Zulima hermosa,
Que á nuestra fé convertida
Con él se casó y la adora.

Dejó el turbante de esclava
Por una nupcial corona,
El harem por el palacio,
Por Jesucristo á Mahoma.
Cambió el nombre de Zulima
Por el nombre de Eliodora,
Y quien en Asia fué esclava
Vino á mandar en Europa.

Es una noche sombría
Y una callejuela corva,

Que acaba de San Francisco
En la plaza y desemboca.
Y aunque no está aquella noche
Avanzada en altas horas,
Las calles tiene desiertas
El recio viento que sopla.
Las rejas están cerradas
En torno la plaza toda,
De modo que ni una luz
Rasga la neblina lóbrega.
Solo en los anchos balcones
De una casa grande y sola,
Los cristales iluminan
Mil clarísimas antorchas.
Oyese música dentro,
Y al compás de bulliciosa
Danza retiemblan los vidrios
A pesar de las alfombras.
A través de ellos de lejos
Se alcanzan tumultuosas,
Las sombras de los que danzan
Ir pasando unas tras otras,
Una ilusión produciendo
Tan fantástica y diabólica,
Que desvanece los ojos
Y el corazón acongoja.
En esta casa y al son
De esta música sonora,
Que en quien la habita supone
Placer, opulencia y gloria,
A lentos pasos un hombre
Que las desdichas agobian,
En el portal penetrando
A la cancela se asoma.
Fatigado y macilento
Envuelve mal su persona,
En harapos que rechazan
Hasta el título de ropa.
Su frente erguida otro tiempo
Hoy hácia la tierra encorva,
Y bien se ve que á la tierra
La humillación se la dobla.
Y sus tostadas mejillas,
Su mirada melancólica,
La voz que del pecho arranca
Ronquecida y fatigosa,
Bien á las claras demuestran
El dolor, que le destroza
El corazón, donde hierven
Sus penas harto recónditas.
Llamó á la puerta en voz baja,
Y en voz amenazadora,
¿Quién vá? respondió un portero
Que los dados abandona.
—¿Vive esta casa, y perdona,
Don Luis Tenorio?
—Aquí mora.
¿Qué quiero?
—Hablarle un momento.
—¿Vos?
—Sí.
—¿Vos, lo que no logran
Los nobles al medio día

Quereis lograr á estas horas?
¡Bah! y ahora que está cenando;
¡Pues no faltaba otra cosa!
—Hacedlo por Dios, amigo;
Que no ha de pesaros.

—¡Oiga!
Traerá visita del rey
El pordiosero... ¡malhora
Para vos: idos, buen hombre,
Que el tiempo no está de sobra.
—Por cuanto amais en la tierra
Y por mas que os sea incómoda
Mi exigencia, id á vuestro amo
A decir que una persona
Que ha atravesado, buscándole,
Las montañas y las olas,
Quiere tan solo traerle
Un amigo á la memoria.
—Es también amigo suyo!
Voto á san Gil, que me enoja
Tanta insolencia. ¡Ea, tomé,
Y agradezca la limosna.

Y así diciendo el portero
Una moneda le arrojó,
Y las espaldas le vuelve
Dando un portazo de cólera.

Quedó el miserable solo
Con el carmin de la honra
Sobre la faz, y en los párpados
De llanto amargo dos gotas.

Despechado é indeciso,
Un momento devorolas
Como pudo, y de ira trémulo
La faz, y la vista torva,
Dejó la casa diciendo:
"Maldita sea la hora
En que conocí tu nombre,
Y oí la voz de tu boca."
Y en el átrio de una iglesia
Que halló á aquella casa próxima,
Tendióse desesperado
Hasta la vecina aurora.
Llorando pasó harto tiempo
Males y desdichas propias,
Mas el cansancio rindiólo:
Y poco á poco en las losas
Dejó tomar á sus miembros
Posición menos incómoda,
Hasta que en brazos del sueño
Perdió sentido y memoria.

En esto el átrio subiendo
Dos personas embozadas,
Tiraron de las espadas
Furiosa lid emprendiendo.

Duró la riña un instante,
Cayó sin un ¡ay! el uno,
Y en un callejon moruno
Entróse el otro adelante.
Y ni despertó el mendigo,
Ni se acercó un curioso,
Ni duelo tan misterioso
Tuvo padrino ó testigo.
Allí uno de ellos quedó,
Y aunque en las sombras incierto,
Que de un golpe quedó muerto
Bien el alba lo mostró.

Esta asomó entre arreboles
De púrpura como siempre,
Para el dichoso y el triste
Brillando indistintamente.
Lo hacia apenas el sol
Cuando á la voz de ¡cogerle!
Matarle! villano! infame!
Los ojos abrió el inermis
Mendigo, que vió al abrirlos
Confuso tropel de gente
Que en su redor se apiñaba
Aunque la razon no entiende.
Cruzaron al fin la turba
De la justicia lebreles
Con sus varas en la mano
Y el tribunal en los dientes;
Amenazando prisiones
Y olfateando á los pobres,
Por si faltan los culpados
Que no faltan penitentes.
Y asiendo del miserable
A quien dicen ¡ese! ¡ese!
Con ira le demandaron,
Mas sin que él los comprendiese.
—¿Quién mató á ese hombre?

—Y de un muerto
Pusiéronle frente á frente.
—No le conozco, repuso
El hombre con calma viéndolo.
—¿Pues cómo estabais con él?
—Si dádole hubiera muerte
No me quedara á su lado.
Y aquí irritada la plebe,
"¡Niega, gritó, que le maten!
Todos lo han visto. ¡Prendedle!"
En vano tendió los brazos
Que le escuchasen pidiéndoles.
En vano á la resistencia
Quiso apelar muchas veces;
Teníanle bien asido
De los brazos los corchetes.
Y habiendo ido llegando
Del difunto los parientes
Por él pidiendo justicia,
Iracundos como sierpes,
Apenas muchos soldados
Bastaron á contenerles,
Y algunas manos lograron

Llegar hasta el delincuente,
Mas aunque bien su persona
De la multitud defienden,
Asiólo uno de la capa,
Andrajosa en que se envuelve,
Y con ímpetu tirando
Rasgóla de tal suerte,
Que vieron todos los ojos
Que bajo de ella mantiene
Reuelto calzon morisco,
Y jubon con puntas verdes.
¡Moro! exclamaron al punto;
Y acreciendo doblemente
Se hizo el tumulto mas fiero,
Por moro al reconocerle.
Abriéronse las ventanas,
Las puertas y los cancelos,
Toda Sevilla por ellos
Asomándose por verle.
Para gritar los muchachos
A los pilares subiéndose,
Y en los puestos y casetas
Empinándose la gente.
Hubo sargas de insolencias,
Y diluvio de moquetes,
Codazos y pisotones,
Y sangrías de alfileres,
Hasta que al fin por la plaza
Con lanzones y broqueles
Entraron por varias calles
A son de clarín, ginetes.
Y despejando la chusma
Lograron á solas verse
Con el difunto sus deudos
Y el reo con los corchetes.

En esto don Luis Tenorio,
Que á su balcón salió á verles,
Bajo él al pasar el preso
Gritó á la justicia: ¡téngasela!
¿Qué quiere el señor Tenorio?
Preguntó un juez descubriéndose.

—Justicia!
—Y en qué servirle
Aquí la justicia puede?
—En dar libertad á ese hombre,
Que por Dios que está inocente;
—Ved lo que hablais.
—Está dicho,
El asesino no es ese.
—¿Pues quién es?
—Yo, y me delato.
Que suban, pues, á prenderme:
Yo maté anoche á ese hombre
Por ocultos intereses.

Enmudecieron de asombro
Los que se hallaban presentes,
Unos á otros mirándose
Sin decidirse á creerle.
Los parientes del difunto
Por poderoso temiéndole
Y admirándole en silencio

Por generoso los jueces.
En esto bajó á la calle
Don Luis, y camino abriéndose
Hasta el reo, desatóle
Con un abrazo diciéndole:
Subid, buen moro, á mi casa;
Y dejad que á mí me lleven
En vuestro lugar ahora,
Que yo sabré defenderme.
Tendióle el moro los brazos
Sin saber qué responderle,
Llamándole amigo suyo,
Y estrechándole cien veces.
Lloraba al ver tal escena
Enternecida la gente,
Y por la plaza reinaba
Triste silencio solemne,
Cuando á interrumpirle vino
Otro impensado accidente.
Un caballero embozado
Que estuvo de cerca oyéndoles,
Sobre el semblante el sombrero,
Y el embozo hasta las sienes,
En medio de la justicia
Presentóse de repente.
Desembozóse con brío,
Y con voz serena y fuerte
Dijo: Yo soy el que buscan,
Los demas son inocentes;
Yo maté anoche á don Tello,
Testigos hay, que si quieren,
Dirán que salir nos vieron
Para reñir juntamente.
Nadie dará de esos dos
Con la ocasion de su muerte;
Y yo daré fieles señas
Que duda en ella no deje.
Señores, idos con Dios,
Que si obrásteis noblemente,
No es justo que á pagar váyais
Lo que á mí me pertenece.

Y así diciendo, y la espada
De su cinto descindiéndose,
A manos de la justicia
Se dió como delincuente.
Quedaron todos atónitos,
Y la justicia y la plebe,
Sin concebirlo, admiraban
En silencio y juntamente,
En don Luis lo generoso,
Y en el otro lo valiente.
Y viendo tal hidalguía,
En ambos á dos los jueces,
Teniendo en don Luis el crimen
Por falsedad evidente,
Dieron su casa por cárcel,
Y con su palabra fuéronse.
Subieron los tres á ella,
Y los soldados volviéndose,
Volvió á llenarse la plaza
Con los ociosos de siempre.
¿Qué mas te importa saber

De este cuento? ¡oh buen lector!
 Los abrazos que Tenorio
 Al de Alejandría dió;
 Del comerciante de Oriente
 La magnífica oracion;
 El asombro del incógnito
 Que á don Tello Arias mató;
 De Zulima, hoy Eliodora,
 El consiguiente rubor
 Al encontrar otra vez
 Al dueño que abandonó,
 Y las dos mil zarandajas
 Con que imberbe historiador
 Emborronara papel
 Y cansara tu ateneion,
 No son medios que acomodan
 A mi actual pésimo humor.
 Para dar á mi leyenda
 Competente conclusion,
 Basta que sepas que á ruegos
 De Tenorio, se indultó
 Del difunto Tello Arias
 Al bizarro matador:
 El cual á don Luis Tenorio
 Con fina amistad pagó
 La vida que le debía,
 Rendido á tan gran favor.
 Que el árabe, convencido
 De que la fé en que vivió
 La borrasca no calmaba
 De su triste corazon,
 A las aguas del bautismo
 Su calva frente dobló,
 Al sacro puerto acogándose
 De la santa religion.
 Confesó que era Mahoma
 Un impúdico impostor,
 Y en lugar de las Houries,
 Los ángeles adoró.
 Don Luis le dió por esposa
 A su hermana doña Sol,

Con la mitad de su hacienda
 Y el tesoro de su honor.
 Vivió feliz cuantos años
 La existencia le duró:
 Y aquí concluye mi historia,
 ¡Oh carísimo lector!
 Solo me resta decirte
 Que presto se acomodó
 A las costumbres de Europa,
 Y convino en que es mejor
 Que tener cincuenta esclavas
 Que maldicen su opresion,
 Tener una mujer sola
 Con cariño y con honor.
 Y es mas cómoda una cama
 Que el mas mullido almohadon,
 Donde se quedan las piernas
 En el suelo y sin calor.
 Y es mejor dormir en ella
 Del vino la escaltacion,
 En deliciosos ensueños
 De pasajero vapor,
 Que comer maiz en tortas,
 Y el acuzuz y el arroz,
 Y emborracharse con opio
 Trepano luego á un balcon,
 Para escitar en la mente
 Delirio fascinador.
 Y torna á los hombres locos,
 O necios, que es lo peor.

Con eso, lector, si hasta ahora
 Gratos mis cuentos te son,
 Dios me lo premie en el cielo,
 Demándemelo si no.
 Conque si te placen, cómpralos,
 Y con la ayuda de Dios,
 Haremos cuanto pudiéremos
 Entre el Editor y yo.

LA AZUCENA SILVESTRE.

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX.

AL SEÑOR

DON ANGEL SAAVEDRA,
 DUQUE DE RIVAS,

SU MEJOR AMIGO

JOSE ZORRILLA.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

EN QUE COMIENZA LA NARRACION DE LA PRESENTE HISTORIA.

Mas pura que la luz de blanca luna,
 Que en arroyuelo límpido riela;
 Mas hermosa que el cisne en su laguna
 Cuando en ella se baña, nada ó vuela;
 Y alegre mas que en soledad moruna,
 Suelta y errante y tímida gacela,
 En gracias y virtud feliz crecía
 La bellisima y cándida María.

Y aun no cumplidos sus catorce abrilés,
 De noble estirpe y á reinar nacida,
 Ajena á devaneos mujeriles,
 Velaba por su bien, siempre servida:
 Flor era pronta á dar tallos gentiles,
 A los besos del céfiro mecida,
 Y á exhalar de su cáliz aun cerrado,
 Delicioso perfume embalsamado.

Caía en anchas ondas de su frente,
 Larga madeja de flotantes rizos;
 Y de inquieto mirar, mas inocente,

Dos ojos revolvia antojadizos:
 Y en su blanca mejilla trasparente,
 Centros ambos á dos de sus hechizos,
 Marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
 Luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
 Su padre el buen Wifredo, y la corona
 Ceñirla aguarda de la tierra estensa
 Del condado feraz de Barcelona.
 Solo en su bien y en su fortuna piensa,
 Y honrada, sin rival, feliz matrona,
 En tiempo incierto de la edad futura,
 Su ambicion paternal se la figura.

Unico amor del varonil guerrero,
 Unica prenda de su muerta esposa,
 Tiene Wifredo su cariño entero
 Puesto no mas en su María hermosa:
 Y único amor el noble caballero
 Del alma de la niña candorosa,
 En una el alma de los dos se encierra,
 Y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde, ennoblecida
 Con los laureles mil de mil campanas;
 Su ciudad populosa defendida
 Por su tendido mar y sus montañas,
 La mitad de los años de su vida,
 La memoria y la prez de sus hazañas,
 Todo lo diera el caballero noble
 Por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,
 Riquísimo joyel de su cariño,
 Manantial de su interna bienandanza,
 Vuelve á su pecho el corazon de niño;
 Se le roba á la guerra y la venganza,
 Se le torna mas pura que el armiño,
 Se le lava de impulsos terrenales,
 Se le inunda en delicias celestiales.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA